

UN CASTELLANO-LEONES EN EL
EJERCITO EXPEDICIONARIO DEL GENERAL
DON PABLO MORILLO A COSTA FIRME

VICTOR JAVIER VEGA VIERA
Universidad de Valladolid

Destacada y valiosa fue la presencia castellano-leonesa en la guerra de emancipación americana, presencia que todavía hoy no está del todo estudiada. A continuación presento a setenta de estos hombres que lejos de sus casas y lugares de origen lucharon por unos ideales representados en la figura del Rey Fernando VII.

Para la elaboración de este trabajo me he servido de las Hojas de Servicio de la Expedición de Morillo a América que se encuentran en el Archivo General de Simancas' .

En estas Hojas de Servicio se reseña los Regimientos de Infantería que integraron su ejército: La Unión, Victoria, León, Castilla, Extremadura y Barbastro; a ellos he unido el de Numancia por el importante papel desempeñado en Costa Firme. Arrojan un total de setenta oficiales, número bastante considerable que van a tener una nueva visión de lo que es América. Hasta ese momento «Una gran parte de la América del Sur, asomándose al Caribe, fue bautizada, por su especial fisonomía, como Tierra de Gracia. Pero este nombre fue fruto de la ensoñación del descubridor Colón, premiándose a sí mismo y a su aventura con un fruto paradisiaco. Poco después, otro descubridor, esta vez castellano, llamado Alonso de Ojeda, apoyándose en la realidad de lo que sus ojos contemplaban, la llamó Venezuela (diminutivo de Venecia)»³.

¹ A.G.S., Secretaría de Guerra, leg. 7298.

² La Doctora Emelina MARTIN ACOSTA trata este punto en su obra «Los canarios incorporados al Batallón de Numancia de la Expedición de Morillo», II Coloquio de Historia Canario-Americana, Madrid-Las Palmas-1977.

³ Demetrio RAMOS en el prólogo a la obra de Guillermo Morón, «Breve historia de Venezuela», Madrid-1979, p. 11.

De esta visión tan hermosa poco se puede admirar en tiempo de guerra, la grandiosidad se convierte en obstáculo y las campañas son costosas. La amplitud del escenario, gigantesca. A seis millones de kilómetros cuadrados se extendió la acción política y militar de Bolívar y donde él llegó debió de llegar España en su lucha por la recuperación de las tierras americanas.

Simón Bolívar en su «Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño» critica las medidas tomadas por la constituyente de 1811, y en 1813 comienza la «campaña admirable» en Trujillo, decretando la guerra a muerte contra españoles y canarios. Y en «Cartas de Jamaica» dirá: «El Suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España esta cortado; la opinión era toda su fuerza; ... más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella».

Pero más importante que todo esto es la ideología que Bolívar da a la Revolución «... esta mitad del globo pertenece a quien Dios hizo nacer en su suelo...», y que tanta importancia tendrá en los futuros acontecimientos. Es un hombre que destaca sobre todos los demás, «Muchos de los hombres que representaron papel del primer orden en la fundación de los nuevos Estados de América fueron héroes civiles o héroes militares. Lo mismo en el bando americano que en el bando español. Es decir, fueron personajes de los que cierran una época o contribuyen a abrir otra. Sólo Bolívar fue el hombre del porvenir».

Pero su obra era muy ambiciosa y sobrepasaba la época que le tocó vivir, luchando contra las circunstancias adversas derivadas de la guerra, sería «... ridículo buscar en condiciones personales o errores momentáneos las causas de un fracaso que era inherente a la misma obra emprendida...».

Tristes serán las palabras que Bolívar dirige al General Juan José Flores desde Barranquilla el 9 de noviembre de 1830: «Ud. sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: I, la América es ingobernable para nosotros... VI, si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo este sería el último período de la América»⁴

⁴ Simón Bolívar, «Manifiesto de Cartagena», Caracas-1959, p. 45.

⁵ Simón Bolívar, «Obras Completas», Volumen II, Caracas-1956, p. 1.080.

⁶ Rufino BLANCO FOMBONA, «El Espíritu de Bolívar», Caracas-1943, p. 63.

⁷ Augusto MIJARES, «Hombres e ideas en América», Caracas-1946, p. 181.

⁸ Graciela SORIANO, «Simón Bolívar, escritos políticos», Madrid-1981, p. 169.

Para cerrar esta introducción tomamos unas palabras de Graciela Soriano: «Nunca hasta entonces, y por mucho tiempo después, ha estado la América española tan al día dentro de las corrientes histórico-políticas mundiales como en el primer tercio del siglo XIX. En este sentido Bolívar y su generación constituyen la negación más absoluta de la «leyenda negra» de España. Tendrán que pasar muchos años, más de un siglo, para que Hispanoamérica vuelva a tener una presencia semejante dentro de la historia mundial».

Poco tiempo había pasado del regreso de Fernando VII cuando éste se interesa por lo que acontecía en América, pues los americanos, por diversas circunstancias, trataban de romper su vínculo con España y darse un Gobierno propio y moderno.

Para que todo volviese a estar como en 1800 no quedaba más recurso que el empleo de la fuerza. Pero Fernando VII y su Consejo no fueron del todo conscientes del peligro que suponía enviar una tropa a América sin contar con los recursos adecuados para su mantenimiento en un lugar tan lejano.

El envío de una Fuerza Pacificadora a América era alentado por los éxitos que allí tenían los realistas; también era una salida para tantas tropas y oficiales, que en la Península significaban gastos hasta inútiles, y quizás fuente de problemas; su partida para aquellas tierras serviría para solucionar uno de los asuntos de más urgencia: reorganizar el Ejército y disminuir los abultados efectivos ¹⁰.

Por Real Orden del 1 de julio de 1814 se encargó todo esto a una Junta de Generales. Dicha Junta decidió, de acuerdo con el Rey, enviar una expedición cuyo Jefe sería el Mariscal de Campo Don Pablo Morillo. Acordada la jefatura fue nombrado General en Jefe del Ejército Expedicionario y Capitán General de Venezuela el 14 de agosto de 1814. Iría con un gran número de soldados que ya lo conocían de las campañas contra Francia.

La tropa que Morillo llevó a América estaba formada de seis Regimientos de Infantería que se llamaban: el de «León», al mando de Don Antonio Cano; el de «Castilla», al mando de Don Pascual Real; el de «Victoria», al mando de Don Miguel de la Torre; el de «Extremadura», al mando de Don Mariano Ricafort; el de «Barbastro», al mando de Don Juan Cini; el de «La Unión», al mando de Don Juan Francisco Mendivil, y el del «General».

⁹ Graciela SORIANO, Ob. Cit., p. 14.

¹⁰ Tomás PEREZ-TENREIRO, «Don Miguel de La Torre y Pando», Valencia (Colombia)-1971, pp. 21-22.

La Caballería estaba formada de Dragones y eran: Dragones de «La Unión», al mando de Don Salvador Moxo y Dragones de «Fernando VII», al mando de Don Juan Bautista Pardo.

La Artillería, con tres compañías y un escuadrón «volante», estaba al mando de Don Alejandro Cavia; el escuadrón, al mando de Don Gabriel Torres.

La Expedición también contaba con una plana mayor de Ingenieros, administración militar, pagaduría, sanidad, etc . , llevaba armamentos de infantería, artillería y equipo considerable en buques. Estos al mando de Don Pascual Enrile.

Los navíos eran: el «Daois y Velarde», «Ensayo», «Eugenia», que llevaban al «Dragones de la Unión», con 36 oficiales y 371 hombres de tropa. En el «Júpiter», «Cortes de España» y «Numancia», el Regimiento de «Fernando VII», con 30 oficiales y 671 hombres. En el «Diamante», «La Primavera», «Efígenia» y «Diana», el Real Cuerpo de Artillería, que sumaba 33 oficiales y 720 hombres. Los Ingenieros y Zapadores iban en el «San Ildefonso» y en el «Goatemala», eran 19 oficiales y 366 soldados. El Regimiento de «León» iba en la «Vicenta», «Salvadora», «Palma» y «Socorro», con 59 oficiales y 1.144 de tropa. El Regimiento de «La Unión», a su vez en el navío «San Pedro», «San Francisco de Paula», «Providencia», «Héroe de Navarra», «San Pedro y San Pablo» y «Joaquín», con 66 oficiales y 1.195 de tropa. El de «Barbastro» tenía 66 oficiales y 1.305 de tropa e iba en el «Empresa», «Empesinada», «San Ignacio», «Buenos Hermanos» y «Preciosa».

El Regimiento de «La Victoria», con 55 oficiales y 1.148 de tropa embarcó en el «San Fernando», el «Apocada», la «Elena», «Coro» y «Ventura». El Regimiento de «Castilla» en el «Arapiles», «Pastora», «Gertrudis», «Aguila», «Parentela» y «Unión», tenía 69 oficiales y 1.186 de tropa. El «Regimiento del General» o «Legión», embarcó en la «Piedad», «Carlota de Bilbao», «San José», «Carlota Chica» y «Velona», con un total de 54 oficiales y 1.068 hombres.

Una «Columna de Zapadores», con 16 oficiales y 350 de tropa, iban en el «San Enrique» y «San Andrés». La Plana Mayor embarcó en el Navío y se componía de 10 oficiales y 14 soldados. El Vicario General, el Comandante de Ingenieros, iban en el «Diana» y el Auditor General, en el «Efígenia». El Hospital estaba en «La Alianza», con dos ayudantes de cirugía y nueve practicantes, dos farmacéuticos principales, dos ayudantes y cinco practicantes. Los víveres iban en los bergantines «Ciudadano» y «San Ignacio». Para el día 16 de febrero de 1815, la Expedición sumaba un total de

500 oficiales y 10.000 hombres de tropa. Era la mayor fuerza enviada a América.

Las tropas fueron reunidas rápidamente, sin informarles del destino, aunque muchos pensaban que era Río de la Plata. La vigilancia fue estrecha para evitar las desertiones y, sobre todo, se tuvo cuidado de vigilar las opiniones, incluso las de Morillo.

El conjunto de la Expedición era en extremo bueno, todo lo cual se veía mejorado por las campañas y acciones de guerra que habían llevado a cabo contra Francia. Era lo ideal para acabar con las revueltas en América, máxime con Morillo al frente.

Pero al lado de todo esto estaba el desagrado de servir tan lejos de sus casas; tierras conocidas por los rigurosos de su clima y suelo, poco saludables; se contaba con regimientos cuyos jefes los habían llevado engañados al punto de embarque y un gran descontento político que comenzaba a nacer en los ejércitos españoles. En cuanto al apoyo naval, mejor ni hablar.

La flota salió el día 17 de febrero de 1815; eran dieciocho barcos de guerra y cuarenta y dos transportes. Día 25 del mismo mes, del Navío salió un bote «trayéndonos la infausta noticia de que no íbamos al Río de la Plata, como ya se había dicho, sino a la Costa Firme»¹¹.

Nefasta noticia, ya que la diferencia entre la lucha de las Provincias de la Plata y del Perú respecto de la Costa Firme era que en esta última lucha era a muerte.

Las órdenes dadas a Morillo eran claras en cuanto a las campañas a emprender y la actitud que debía tomar procurando «el menor derramamiento de sangre», y qué hacer con la tropa cuando todo acabase con «éxito». Esto demuestra la gran ignorancia que de aquel país tenían el Rey Fernando VII y sus Consejeros.

El 3 de abril de 1815, la flota fondeó frente a Puerto Santo. Allí vieron por primera vez la tierra en la que casi todos encontrarían sepultura a causa del abandono del propio Gobierno que los enviaba, más que a los problemas adversos a los que se tendrían que enfrentar¹².

Fue ahí donde se tuvo el primer contacto con las fuerzas de América, Francisco Tomás Morales se encontraba con 3.000 hombres de tropa y 15 embarcaciones en Capúrano, para embarcarse hacia la Isla Margarita. Aquí

¹¹ Capitán SEVILLA, «Memorias de un Oficial del ejército español», Madrid-1916.

¹² Tomás PEREZ-TENREIRO, Ob. Cit., p. 26.



Don Pablo Morillo. Dibujo de A. Guerrero. Biblioteca Nacional de Madrid.

tuvo Morillo una noticia que le era favorable como Jefe pero que era nefasta para la Expedición, el asturiano Boyes, jefe de los llaneros, había muerto; Morillo se veía libre de un gran rival y sin problemas, por lo tanto, de disciplina; pero España perdía el apoyo fundamental de dicha tropa. Dejemos en este punto los acontecimientos para ver dónde se habían formado los Jefes y Oficiales españoles y el ambiente del país a donde se les destinaba para, de esta forma, comprender mejor lo que habían de pasar en un futuro.

La raíz de la formación de estos Jefes y Oficiales estaba en las Ordenanzas militares heredadas de Carlos III, pero la mayoría, dada su juventud, se formaron en el ambiente, ya decadente, de Carlos IV, aunque no por ello menos duro y rígido que el sistema que caracterizaba a los Borbones. Sin embargo, la verdadera escuela fue la guerra contra Francia. Largas y duras campañas en un país en total pie de guerra que luchaba por su independencia.

En esta cruel guerra casi todos destacaron por sus hechos en la lucha, lo que justificaba sus rápidos ascensos pese a su juventud. Una vez derrotados los franceses, la gran mayoría continuaron la persecución de los mismos. Fue aquí donde muchos conocieron al ya famoso General Don Pablo Morillo.

No tuvieron mejor Academia los Oficiales españoles que la guerra, aprendieron a dirigir las tropas batiendo a los Mariscales de Napoleón e incluso al mismo Emperador. Experiencia que les sería muy útil en un futuro próximo, ya que aún no habían regresado de las campañas cuando fueron destinados a América.

Era indudable que estos hombres cosecharían en aquellas tierras nuevos laureles, pero también numerosos trabajos y dificultades que los llevarían a la muerte o la enfermedad de por vida, como les ocurrió a Morillo o a Miguel de la Torre y Pando, por citar a dos destacados Jefes.

Pero estos hombres, metidos en constantes luchas, ¿qué sabían de lo que ocurría en América?, tal vez conocían de la crueldad de la lucha o de lo extraño de aquellas tierras que veían tan lejanas de sus casas. Pese a todo, es de suponer que la tropa, aún estando descontenta de su destino, iría orgullosa y segura de una rápida victoria sobre un enemigo que en nada se podía comparar al ejército de Napoleón, impresión que se confirmaría al unírseles las tropas del canario Tomás Morales.

Pero, ¿Cómo estaban las cosas en Costa Firme?, ¿Qué es lo que allí ocurría? Se puede afirmar que la Costa Firme estaba en plena «Guerra Ci-

vib», una lucha dura y cruel entre patriotas y realistas, sin que ello lleve implícito americanos y españoles.

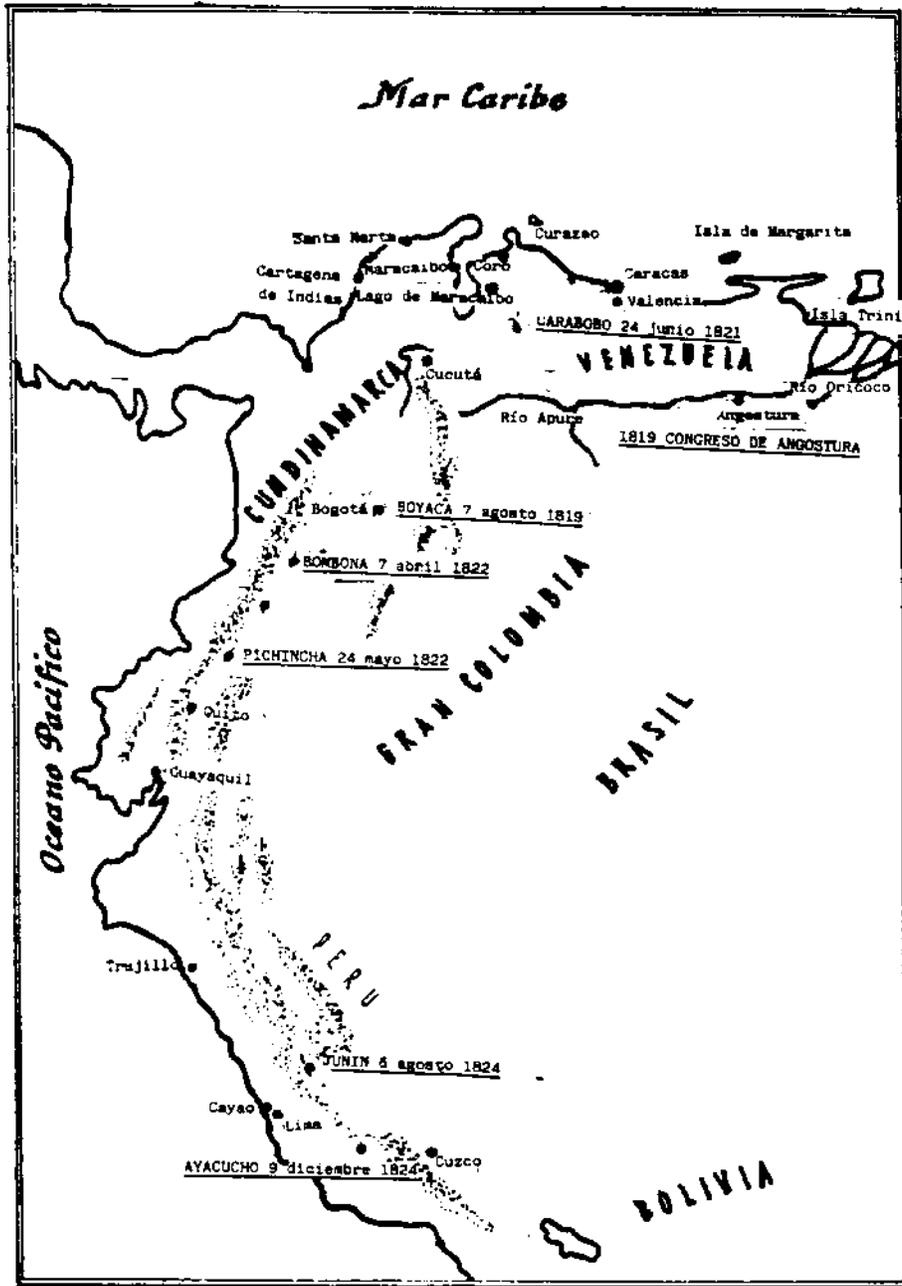
La causa española era mantenida por los americanos y americanos eran a los que se combatía. El ejército del asturiano Boyes, los terribles llaneros, eran venezolanos y no españoles ni canarios.

Sirvan las palabras del venezolano Laureano Vallenilla Lanz. «¿Cómo podría explicarse la prolongación de aquella guerra, si nuestros próceres hubieran tenido que combatir únicamente contra los 15.000 soldados que vinieron de España durante todo el curso de la guerra?. En Maturín, la derrota de Monteverde el año 1813, sucumbió toda la exigua tropa española de Venezuela, y de 1813 a 1815 apenas llegan de España 1.500 hombres.

Hasta 1815 gran parte del pueblo venezolano fue realista; en 1810, según censo de la Capitanía General de Venezuela, sólo hay 12.000 españoles en dichas tierras. Y no es el rico americano el realista, sino el pueblo bajo, que es lanzado contra los criollos. Bolívar dirá: «Vuestros hermanos y no los españoles, han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado a la expatriación».

La llegada de los soldados de Morillo fue una suerte para la causa patriota. Había un adversario y ello ayudó a Bolívar a imponer su autoridad y a someter a los caudillos regionales ante el peligro común. Escribe Vallenilla: «Puede decirse que nada favoreció más la causa de la patria como la llegada del Ejército Expedicionario de Morillo, pues se ve claramente cómo después que pisan tierra los españoles combatientes de Napoleón, comienzan a brotar patriotas de aquel suelo, que parecía agostado por el caballo de Boyes». Morillo contaba con un fuerte apoyo de los criollos cuando llegó; la contienda, dirá uno de sus oficiales, «terminará cuando nos falten los criollos que nos ayudan».

El total de las tropas salidas de España hacia América desde 1811 hasta 1819 fue de 42.000 hombres, según el marqués de las Amarillas en 1820. De 1811 a 1815 fueron a Venezuela unos 188 soldados; 1.000 llevados en 1814 por el Coronel Salomón y el resto enviado en pequeñas partidas por las autoridades de Cuba y Puerto Rico. De los 10.000 que componía la expedición de Morillo, 1.700 siguieron al Perú, y 600 a Puerto Rico. En 1820 el ejército realista en América alcanzaba los 95.000 hombres, de los que eran expedicionarios algo más de 23.000 y americanos más de 72.000. En Venezuela el número total era de 12.000, de los que ni la mitad pertenecía a fuerzas expedicionarias. El número de caballos alcanzaba en Venezuela la cifra de 6.426, de los que sólo habían sido llevados de España 426.



Mapa de las principales campañas de Simón Bolívar. 1813-1824.

Con esto vemos que la Independencia era cuestión de tiempo ya que la presencia de españoles era poca. Como diría José García de León y Pizarro: «La América debía seguir la suerte que la Naturaleza ha destinado a todas las posesiones apartadas y separadas por dificultosos intervalos geográficos, de sus matrices; debía emanciparse; así es verdad que la pérdida de nuestras provincias americanas no es hija sino de la naturaleza de las cosas y no culpa de nadie».

Esta Expedición fue enviada a solucionar algo imposible de llevar a buen fin, pese a su buena preparación militar. Podían tener victorias y éxitos pero no el triunfo final. El espíritu de Bolívar triunfaría tarde o temprano.

El ambiente que se iban a encontrar era de extrema violencia, como se desprende de las palabras de Coto Paul en «El Publicista Venezolano»: «¡La Anarquía! Esa es la Libertad, cuando para huir de la Tiranía, desata el cinto y desanuda la cabellera ondulosa. ¡La Anarquía! Cuando los dioses de los débiles —la Desconfianza y el Pavor— la maldicen, yo caigo de rodillas a su presencia. Señores: que la Anarquía, con la antorcha de las Furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague a las facciones del Orden, y la sigan por calles y plazas gritando: ¡Libertad! Para reanimar al mar muerto del Congreso, estamos aquí; estamos en la alta montaña de la Santa Demagogia. Cuando ésta haya destruido lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzaré la Libertad...». «Sólo un momento —escribe el venezolano Juan Vicente González— sobrecogieron estas palabras sinistras a la entusiasta reunión. Aplausos y gritos siguieron largo tiempo a esta improvisación infernal».

Los poderosos criollos habían olvidado el panorama que presentaron en España cinco años antes de los plebeyos para pedir prerrogativas y que nos transmite Vallenilla Lanz: «... Pero cuando el virtuosísimo pueblo se insubordine; cuando destituida la autoridad y rotas las disciplinas que lo sujetaban, las pasiones brutales se desborden, la sociedad se desmigaje y los capataces, los contrabandistas, los pulperos aparezcan a la cabeza de las montañas sublevadas; cuando provincias enteras, empujadas por sus próceres, se levanten para vengar viejas rencillas; cuando en el fondo de cada ciudad, de cada aldea, de cada vecindario, estallen los odios y las rivalidades hereditarias; cuando los esclavos se alcen contra los amos, los peones contra los propietarios, los plebeyos contra los nobles, los contrabandistas contra los agentes del fisco, y el país entero se convierta en un vasto y horroroso campo de carnicería: cuando se vean surgir del fondo de nuestras llanuras hordas bárbaras sin sujeción de ninguna autoridad, ni a ninguna ley

humana, entonces ¡ay!, entonces el despertar será espantoso. A los sonrosados sueños de regeneración social, a la concepción ideal del hombre abstracto, a la utópica fe en la influencia poderosa de los principios y de las declamaciones republicanas, sucederá la espantosa realidad de los hechos, surgirá poderoso el instinto de conservación, la necesidad de defenderse de la barbarie y una ola de sangre y de exterminio ahogará las hermosas ilusiones de aquellos nobles y generosos patricios, que imbuidos en las teorías políticas de la época habían llegado a olvidar hasta sus propias convicciones y desconocer los caracteres innatos de aquellos hombres de infame y torpe linaje, faltos de educación, fáciles de moverse a los más horrendos excesos, de cuya fiereza propia de sus mismos principios y de su trato, sólo podían esperarse movimientos subversivos del orden establecidos por las sabias leyes que entonces regían la sociedad; olvidaron en un momento de ambición y de delirio político el retrato que de los plebeyos habían trazado para presentarlo al monarca».

Creo que son suficientes estas palabras para comprender el estado de Venezuela cuando llegaron los soldados españoles y el ambiente en el que se han de mover, en un principio favorable a ellos y luego tremendamente hostil. Para completar esta visión de Costa Firme y entender lo engañoso de la atmósfera de paz que allí había a la llegada de los mismos citemos las palabras de Bolívar al Doctor Don Pedro Gual: «Persuádase usted que estamos sobre un volcán pronto a hacer explosión. Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy a usted idea de todo lo que no digo ni puede decirse...».

De esta guerra civil salía Tomás Morales para recibir a Morillo y unírsele para la toma de la Isla de Margarita. El contraste entre ambas tropas no pudo ser mayor ni más significativo, Venezuela estaba muy lejos de Europa y los independentistas todavía más lejos de los métodos empleados por la tropa napoleónica.

Así pues, hemos llegado al punto en que se encuentran ambas tropas y donde unen, también, sus destinos. Antes de pasar a analizar la acción de los oficiales en Venezuela narrar un hecho ocurrido en Isla Margarita tras su toma y que tanto dice de lo poco que se sabía en España de lo que allí acontecía, me refiero al perdón otorgado por Morillo, en nombre del Rey, a Arismendi desoyendo las palabras que, aunque frías y duras, eran justas y razonables, de Tomás Morales, que aconsejaba la ejecución de dicho cabecilla, lo cual luego acarrearía grandes problemas a los españoles.

Una vez situados en el ambiente que reinaba en Venezuela, pasamos a ver de forma breve y, tal vez, demasiado generalizada por ser el grupo

de Jefes y Oficiales muy numeroso, cómo se vieron envueltos en estos acontecimientos.

El primero y más notable de los castellano-leoneses casi no precisa presentación ya que se trata del propio Don Pablo Morillo y Morillo. Don Pablo Morillo nació en Fuentesecas, Jurisdicción de Toro, el 7 de mayo de 1775, según consta en su partida de bautismo, y no el año 1777 (según Larouse), 1778 según otros libros o 1779 como consta en su hoja de servicios. Así tenemos que a los quince años ingresa como soldado en el Real Cuerpo de Marina. Cuerpo donde pasó largos años hasta que la guerra de Independencia le da la oportunidad de ascender. Será más tarde propuesto por Castaños y Wellington será enviado a América. Lugar en que se sabrá ganar los títulos de Conde de Cartagena y Marqués de La Puerta, pero sin lograr salir de la pobreza¹³.

La composición de la oficialidad era variada. En ella había hombres de las más variadas procedencias: Andalucía, Asturias, Galicia, Navarra, País Vasco... e incluso hombres procedentes de Italia, Escocia, Irlanda o Francia. La práctica totalidad de los mismos destacada en la guerra de Independencia, lo que hacía de ellos hombres recios y curtidos, capaces de enfrentarse a situaciones difíciles.

También eran jóvenes los líderes americanos a los que han de enfrentarse, hombres muy jóvenes en 1814 que han de envejecer en una guerra que no cesa ni un solo día hasta 1823¹⁴. Se trata de una república de muchachos, de jóvenes dirigentes, que llaman cariñosamente el Viejo a Bolívar, muerto con cara de anciano a los cuarenta y siete años»¹⁵.

Los enormes llanos, el sol abrasador, la constante lluvia, las altas montañas y anchos y caudalosos ríos ponían muy difíciles las cosas para estos hombres. Sin embargo esto no era obstáculo grave para el enemigo, que podía cabalgar y cruzar los ríos rápidamente, y el terreno les era favorable. Pero por encima del clima y la geografía del territorio estaba la enfermedad y la insalubridad de un país en guerra, en el que muchas veces ni se entierra a los muertos. Fue este aspecto el que acabaría con gran número de soldados, unido a la moral cada vez más baja por una lucha que los llevaba a la muerte de forma irremediable.

¹³ La figura del General Don Pablo Morillo ha sido estudiada, entre otros por: RODRIGUEZ VILLA, «El Teniente General Don Pablo Morillo», Madrid-1910; Andrés REVESZ, «Morillo», Madrid-1947; Francisco Xavier ARAMBARRI, «Hechos del General Don Pablo Morillo en América», Volumen I, Venezuela-Madrid, 1971.

¹⁴ Guillermo MORON, «Breve Historia de Venezuela», Madrid-1979, p. 167.

¹⁵ Lisandro ALVARADO, «Observaciones sobre la Revolución de 1810 en Venezuela», Caracas-1958, p. 275 y ss.

Sin embargo, es el sistema empleado por los rebeldes y que ellos bien conocían, lo que hace de la campaña algo terrible. El sistema de guerrillas por todo el país los tiene en constante lucha, y con el temor de que cuando sean débiles se unan todas bajo el mando de un Jefe, como luego ocurrió con Bolívar¹⁶.

Elocuente es la carta que el General La Torre envía al castellano Ortega desde Pare, el dos de agosto de 1816: «Mi estimado Ortega, por el parte que doy al General verás de nuestros trabajos en la Expedición que he hecho en dirección a Guasualito, sin contar con las muchas hambres. Interésate hasta con el Padre Eterno para que me saque de aquí, pues ya tengo canas. Estoy sin ropa pues toda la que traía se la llevó el diablo, hace dos meses ando con Alpargatas de pita y sin tener un día que no me moje hasta la cintura: creo que nos saldrán a todos a las caras los últimos trabajos de la campaña: Herrera marchará mañana o pasado enfermo a Labranza Grande, yo tuve anoche un gran calenturón y tengo los pies muy inchados con otros males, sin contar el sin número de garrapatas que a cada momento se nos agarran y cada una forma una llaga»¹⁷.

Se puede ver al Oficial que buscaba laureles condenado a servir en un ambiente lejos de acciones gloriosas, de los tradicionales campos de batalla y sometido a luchas muy distintas a la que los Jefes suelen apreciar y más bien minimizan o dan como castigo.

Este Don León Ortega juega un destacado papel, buen amigo de muchos de los Oficiales de América será comisionado a España para explicar lo que en América ocurría y pedir auxilios.

Pero donde podemos ver la trayectoria ejemplar de un castellano y que puede aplicarse a otros, es en el Coronel Don Pascual Real, natural de Salamanca, era noble y cuando marcha en 1815 tiene treinta y un años de edad, de los que veinte los había pasado al servicio del ejército y, como el resto de sus compañeros era soltero. Tras la guerra de Independencia pasa a la Costa Firme con Don Pablo Morillo, iba en dicha Expedición al mando del Regimiento de Infantería Ligera de «Castilla» y ya desde entonces se caracterizó por su amistad con los demás, sobre abundante documentación sobre el mismo. Su trayectoria en América va siempre paralela a la de Morales, pero con mayor suerte que la de aquél.

Una vez allí logra diversos ascensos, el primero debido a la falta de oficiales, de esta manera Morillo lo asciende junto a Morales y elogia la

¹⁶ MORILLO, Mompox, 7 de marzo de 1816. RODRIGUEZ VILLA, Ob. Cit.

¹⁷ LA TORRE, Pare, 2 de agosto de 1816; PEREZ-TENREIRO, pp. 70 y 71.

actuación de los dos y la capacidad de ambos para dicho cargo. Más laureles le llegarán por su actuación en la Quebrada de Semen y en Pao, donde ya aparece al mando Conjunto de los Dragones Leales, Guías del General, el Batallón de Barinas y resto del de Victoria.

Verdaderos méritos le traerá la actuación en Cojedes, donde aparece en primera línea y de la que se dirá: «No es posible dar en hombres más valor que el que se observa en las filas de nuestros enemigos; y sólo pudieron batir a semejante canalla, tropas de la bizarría, entusiasmo y disciplina que tienen las nuestras, que a las dichas circunstancias unen el no quedarles más recursos ni esperanzas en esta bárbara guerra, que la Victoria o la muerte». Este parte también da los nombres de los fallecidos, como el Teniente Coronel graduado del «Castilla», Don Pedro González Villa, de los heridos como Bauzá y los distinguidos, y ahora recomendados con méritos, como Don Pascual Real, entre otros.

Pero esta guerra iba a cambiar de rumbo y las acciones heroicas en las batallas iban a tomar otro cariz, más heroico, pero menos aparente, es la guerra de los Llanos, las guerrillas que acabarán con gran parte de la tropa y oficiales, son momentos de penuria que saca a flote instintos de supervivencia, que lejos de desvalorizar a estos militares, los humaniza y, de esta forma nos hace valorar más su actuación en la historia. Don Pascual Real no escapa a esto, siendo por aprecio a su tropa, lo que da, de otra forma, mérito a su acción, es menos militar y más humano. Lo que ocurrió lo podemos ver en las palabras de La Torre del 20 de junio de 1819, desde Calabozo: «... me ha estado ocultando el dinero que percibía su división de las administraciones de San Carlos y otras quando todo el mundo padecía, pareciendo que la demás tropas servían a otro monarca» y añade que Bauzá «... es muy taimado y seduce a Real a cometer disparates poco legales». Para comprender que Real cayese en tal falta hay que tener en cuenta que los soldados no recibían la paga y a veces ni alimentos, no tenían ropas y no eran sustituidos, la promesa era de ser reemplazados a los tres años y ya habían pasado cuatro desde su llegada, el abandono del Gobierno español hacia aquellos hombres era total.

Pese a lo ocurrido, la confianza puesta en Real no disminuirá y se le empleará en casos delicados como fue el enviarlo, en octubre de 1819, a solucionar las diferencias surgidas entre los Jefes de la División de Barinas, en sustitución del Coronel Tobar. Finalmente en 1821 es enviado a Santo Domingo como premio a los méritos contraídos, tanta era su valía que esta marcha se lamenta y se teme la posible pérdida de la Provincia de Maraybo,

en la que era Jefe. No llegó a sufrir la derrota de Carabolo el 14 de junio de ese mismo año.

No todos tuvieron un final tan feliz, pero no menos valeroso. Me refiero a Don Lorenzo Morillo, sobrino del General Don Pablo Morillo; natural de Toro, tenía en 1815 23 años. Su nombre siempre se ve confundido con el de Manuel Lorenzo, ya que a ambos se les solía llamar Lorenzo, lo cual ha llevado a numerosos equívocos. Ambos fueron hombres de gran valía, sin embargo el final de Lorenzo Morillo fue trágico, héroe de la acción de Aguacates y persecutor de los patriotas en Carora, conoció la derrota poco antes de su muerte, ya que tuvo que capitular en Perijá y una vez embarcado murió ahogado el 26 de abril de 1822, sin que se llegara a aclarar si fue accidente (tal y como consta en el informe realizado en la goleta Hermosura) o asesinato.

Otros optaron por caminos muy distintos que si bien era vergonzoso para el Gobierno Español, era alentador para los patriotas y, por ese motivo podemos afirmar que los hombres de la Expedición de Morillo también contribuyeron a la causa americana, me refiero a las deserciones.

Tras la marcha triunfal por Coroza, Mompox, San Antonio de Tamalameque, Ocaña, Girón, Socorro, Vélez, Punta Real y Santa Fe vienen años de penuria, con falta de recursos, despotismo, desinterés del Gobierno, enfermedades —como la infección de viruela en la División de Calzada—, recorridos por llanos de Casanare, Río Negro, Ocoa, Crabo o Panto, ríos de los que el menor es «más ancho que el Ebro en su desemboque», con recorridos de treinta y seis horas, de las que treinta y una eran de marcha. Pero sobre todo los métodos crueles de la guerra por ambas partes, como los empleados por Páez o Morales, y unas fuerzas enemigas cada vez más numerosas y mejores, que hicieron exclamar a Morillo desde el Paso de Setenta el 29 de enero de 1817 «Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosas, como me habían informado, sino tropas organizadas, que podían competir con las mejores de S. M. el Rey»¹⁸

Es ahora cuando los ecos de las palabras de Morales en Isla Margarita se transforman en realidad en la carta de Morillo a de La Torre, tras la toma de Santa Fe: «Sin duda... Se ha vuelto bobo o no conoce aún a los Americanos. Me dice Ud. en su carta que los pocos malos que hay están arrepentidos; lo mismo se decía de los de Margarita y nos han geringado muy bien y falta el rabo por desollar... es preciso proceder como el Rey manda, esto

18 MORILLO, Paso de Setenta; 29 de enero de 1817. RODRIGUEZ VILLA, Ob. Cit.

es castigar a los cabezas o motores de la revolución... Amigo mío desengáñese y abra el ojo con esa canalla... habiendo dejado de perseguir los enemigos sólo por disfrutar de la Capital, pero a bien que ahora tendrá Ud. que hacer cuatro meses de marcha, cuando se pudo haber acabado con la canalla en cuatro días»¹⁹. Es, sin duda, un General dolido por lo pasado.

Casi desde el principio, para evitar la baja de moral se prohíbe, con la pena de muerte, que se den noticias malas a la tropa, como la del día 16 de abril de 1817, en que un soldado de los Cazadores de Barbastro, escapado del Caroní, informa que el 15 del mismo mes los patriotas habían alancado a ciento sesenta y tres hombres, incluyendo a los oficiales. Noticias que, como es lógico, y pese a las medidas adoptadas, no son desconocidas a la tropa.

Baste el número de desertores del Cuerpo Tercero del Rey el 8 de julio de 1821 para notar que no es un aspecto a dejarse arrimado, éstos fueron: tres capitanes, tres tenientes, tres subtenientes, once sargentos, veinte y dos tambores y ciento veinte y cinco soldados, un total de ciento sesenta y siete hombres.

Pero lo que más los desesperó fue la noticia del alzamiento del Teniente Coronel Riego en Cabezas de San Juan en enero de 1820. Desde ese momento estaban condenados totalmente al fracaso. La noticia llegó a América el 29 de marzo y significaba el fracaso de la gestión llevada a cabo por León Ortega. Riego había realizado lo que tanto se temió que hiciera Morillo antes de su marcha a América en 1815 cuando tenía la tropa reunida en Andalucía; este hecho hará que Morillo nunca perdone al afamado Riego²⁰.

El ejemplo dado por Riego a los insurgentes fue nefasto, pero peores consecuencias traería a la tropa española que ya no podía esperar apoyo alguno de España, ni siquiera de los mismos militares. Morillo, desanimado, pedirá pronto su relevo. Así, con este levantamiento, la dominación española en América casi ha terminado, Ayacucho tardará aún algunos años, pero llegará de forma inexorable.

Todo está en contra de los soldados españoles, si antes contaban con la numerosa ayuda de los americanos, éstos se unen ahora para acabar con lo poco que queda de un ejército en franca retirada. No es extraño que estos

¹⁹ MORILLO, Guadalupe, 19 de mayo de 1816. RODRIGUEZ VILLA, Ob. Cit.

²⁰ La importancia del alzamiento de Riego es tratada por: MENENDEZ PELAYO, «Historia de los heterodoxos españoles», Madrid-1967; J. L. COMELLAS, «El Trienio Constitucional», Madrid-1963; V. DE LA FRENTE, «Historia de las Sociedades Secretas», Barcelona-1933; C. BRINTON, «Anatomía de la Revolución», Madrid-1962; LIEUWEN, «Arms and Politics in Latin America», New York-1961.

hombres no se alegraran tanto de lo ocurrido en España como lo hizo Bolívar y los suyos. El daño que hizo Riego a la Expedición de Morillo fue irreparable.

Aunque muchos fueron fieles a la causa española, voy a transcribir la carta que un oficial español envió a su Jefe, ya que nada mejor que ella resume lo ocurrido en América y muestra cómo los hombres tan fieles a España y su Rey desde 1808, se sienten traicionados y buscan una escapatoria a la muerte:

«Barinas 25 de febrero de 1821.

Mi apreciable Señor: después de saludar a V. S. con el respeto debido le participo lo siguiente. Después de conducida la Licencia que se dignó concederme emprendí mi marcha para esta ciudad, con el objeto de presentarme a los Gefes que en ella existen del Gobierno de la República de Colombia, y tomar partido en él, como lo ha verificado, a causa de los muchos engaños que he .experimentado por el Rey, y por la Nación Española siendo el mayor de ellos el haverme arrancado del seno de mi familia, transportándome a estos países asegurando que sólo tres años permanecía en ellos, a cuyo tiempo sería relevado nada de esto se ha experimentado en el discurso de seis años, y por último perdidas todas las esperanzas de volver a mi patrio Suelo, en esta virtud y conociendo hasta concluir mis días, me ha parecido justo defenderlo contribuyendo a su libertad, asegurando vajo mi palabra de honor que nadie absolutamente me ha inducido a ello, y en prueba de ser así le noticio haverme traído de esa Ciudad a mi partida todo mi equipaje, e igualmente los Documentos de mis empleos y oja de Servicios, siendo esta la original que existía en la Oficina del Detall del *Imaginario Batallón del Príncipe, Cuyo Cuerpo es el más insubordinado y falto de disciplina que jamás se habrá visto, siendo la causa el poco carácter que le rodea a Don Diego Fragoso*. Sírvase V. S. decir a ese Caballero me dé de vaja, colocando en el empleo de Ayudante a que yo estaba propuesto al Subteniente Durán, o a al que le de la gana.

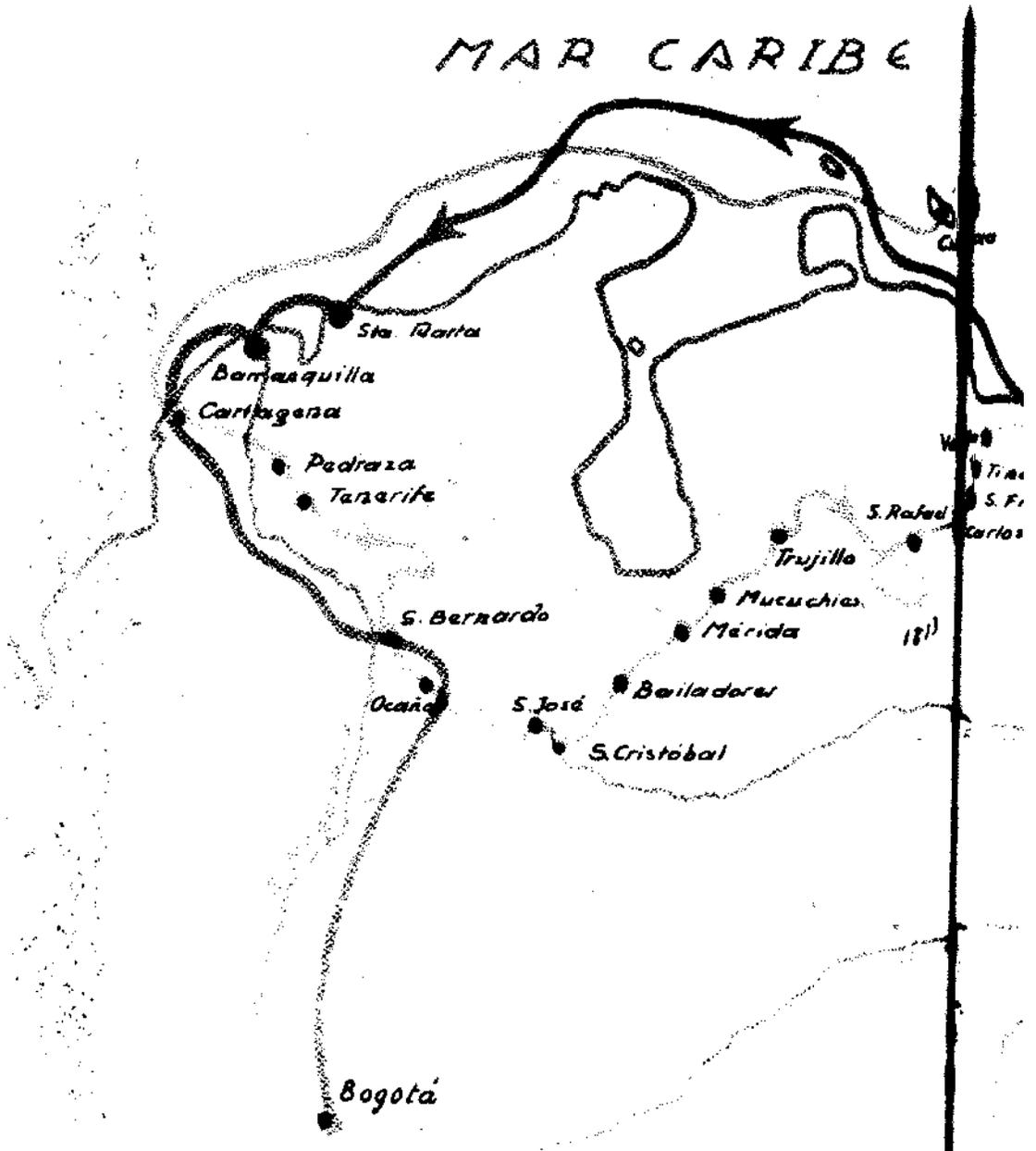
Deseo a V. S. dar mis afectos a todos los oficiales de la División de su mando, y en particular a mis tres Paisanos, Briaño, Carrillo y Rivera, y a quienes suplica no permitan calumniar mi opinión, teniendo presente que es libre»²¹.

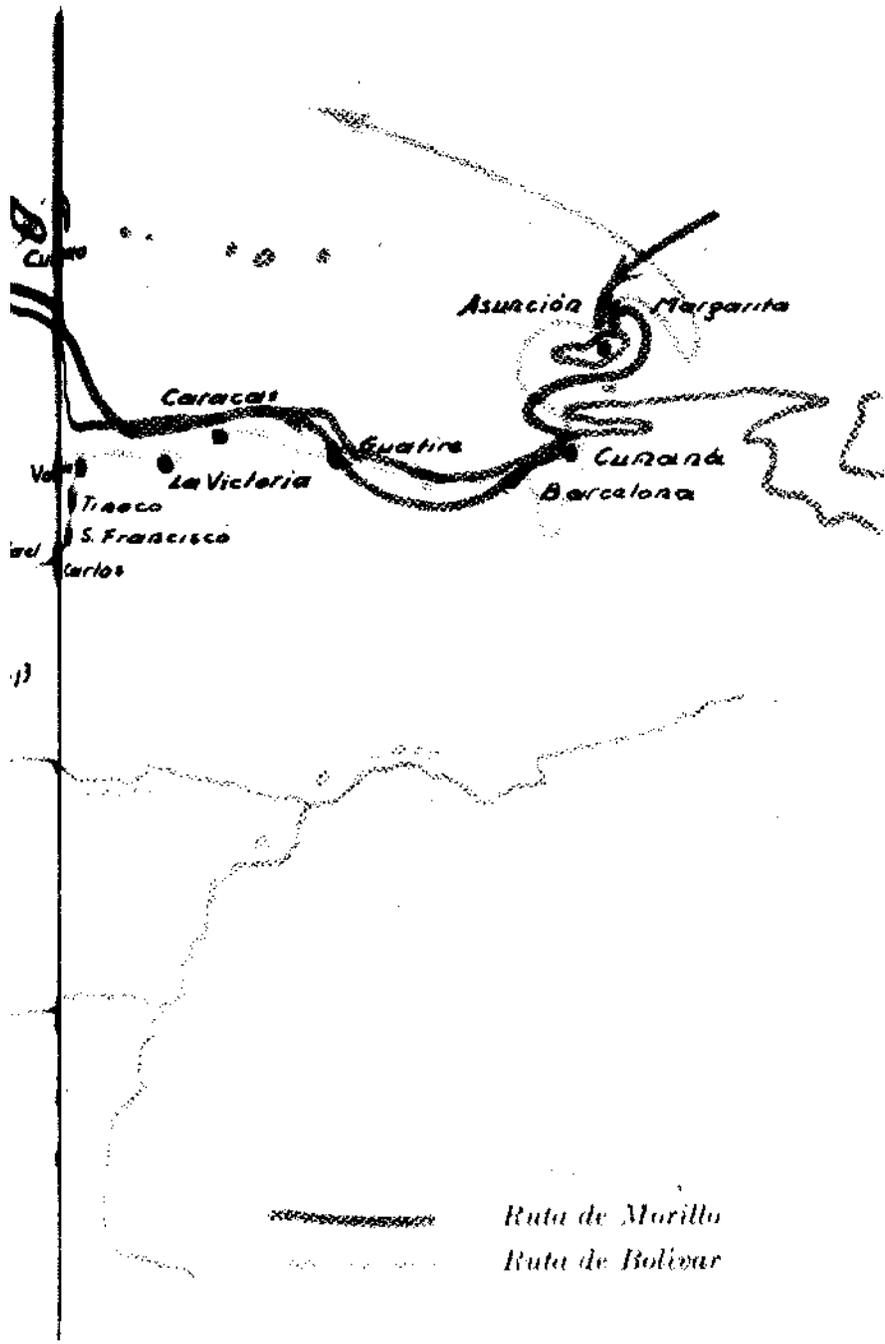
A la marcha de Don Miguel de La Torre y Pando, sucesor de Morillo, toma el mando Don Francisco Tomás Morales²², heredero de los métodos

²¹ PEREZ-TENREIRO, Ob. Cit., p. 287.

²² Ana Lala BORGES, «Francisco Tomás Morales General en Jefe del Ejército Realista en Costa Firme», A.E.A., n.º XI, Madrid-1965.

MAR CARIBE





Marcha
 del ejército
 expedicionario
 de Morillo
 contra las
 fuerzas de Bolívar.

de Boyes y que trata de volver a los empleados antes del año 1814. Es ahora cuando el Rey se afirma en su opinión respecto de las Colonias americanas: la campaña ha de seguir hasta sus últimas consecuencias. Los militares sólo pueden obedecer, pero para suerte de los soldados españoles el Gobierno Independiente es ahora fiel cumplidor del Tratado de Trujillo, aún incluso Páez²³. El final era inevitable.

En cuanto a las Campañas realizadas se puede ver muy bien en los históricos de los diferentes regimientos. La trayectoria de estos Regimientos es, desde luego, sumamente rica en hechos y combates, pero todos tienen el mismo y trágico final. Relatar aquí la historia completa de cada uno de ellos sería imposible por lo extensa de la misma²⁴.

Algunos de estos Regimientos, como el de Victoria, tenían un gemelo en la Península, creados a su marcha, pero con trayectorias bien distintas. Veamos como ejemplo la evolución del llamado Antiguo Victoria: sale para América el año 1815, a su cabeza iba el Coronel Don Miguel de La Torre, como Teniente Coronel Don José Garagorri y de Sargento Mayor tenía a Don Alfonso de Sierra. Fue elegido para la toma de la Isla Margarita, dirigiéndose luego a la Guayra donde queda como refuerzo. Pasado un tiempo se encamina a Valencia y el 14 de julio de 1815 se embarca para Cartagena de Indias en cuyo asedio participa de forma destacada.

Los Batallones Segundo y Tercero (antes de Talavera), serían enviados a Perú y Chile. El Tercero, al mando del Teniente Coronel Don Vicente González, avanzará hasta Tambo, vence a los insurgentes en Matará, Chiara, Ricamachay, Atimtodo y Atimhuara; pacifica Andahuailas, Abaulay, Cangalla y Vilcashuaman. Mientras, el Segundo realiza una labor parecida en Chile bajo el mando del Coronel Don Rafael Maroto.

Pero el Primer Batallón del Antiguo Victoria sigue en Costa Firme, así en 1816 toma Santa Fe y persigue a los insurgentes por los Llanos de San Martín y Casanare vencidos. En 1817 pasa a Venezuela y se une a Morillo, sigue la marcha por el río Apure y lo cruza por el Cachiri. Es entonces acometido por tres mil jinetes en las Llanuras de Mucuritas, La Torre resiste las catorce cargas consecutivas y se libra del fuego que Páez prende a la llanura refugiándose en un pantano, tras diez días de dura marcha llega a San Fernando. Más tarde se embarca por Angostura hacia San Félix en busca de Piar.

²³ José Antonio PAEZ, «Autobiografía», New York-1946.

²⁴ Genar MENDEZ NUÑEZ, «Estudio sobre la organización de la Infantería española», Volúmenes del I al VI, Madrid-1863.

Avanza con Morillo hacia Calabozo, Victoria va a Llano Alto en pos de Sarasa al que se enfrenta en Hogazá, desde donde Bolívar huye a Angostura. De aquí el Victoria regresa a Calabozo.

En 1818 Bolívar une sus fuerzas a las de Páez y marcha sobre Calabozo el 13 de enero. Morillo se retira a Oriosa donde es atacado el día 15. El Victoria avanza sobre la Villa del Cura, mientras Morillo se retira a Valencia para atraer al enemigo al Valle de Aragua. Entonces Bolívar es derrotado en Maracay y, con Morales al frente y junto al Regimiento de Barinas, vuelven a vencer en la Villa del Cura. Lo que sigue es un sucederse de triunfos sobre los diferentes jefes rebeldes. Derrotan al General Vázquez, a Mina en Corazal, a Sedeño en Cerro de Palos, a Belisario en Cugerito y a Gómez en Cansaguan. Es entonces cuando el Primero de Victoria es suprimido por la reforma llevada a cabo en España del Ejército.

Quedan aún el Segundo y el Tercero, el Segundo será aniquilado en 1820 en el Cerro de Pasco y sus restos enviados a Lima. El Tercero desaparecerá en Ayacucho el 9 de diciembre de 1823 bajo el mando de Don Juan Antonio Monet.

Aunque el Victoria es un buen ejemplo para ilustrar la trayectoria de los Batallones expedicionarios, habría que mencionar al de La Unión como ejemplo de destino menos afortunado, ya que desapareció el 7 de septiembre de 1823 a la entrada de Maracaybo, allí murieron 78 oficiales y 516 soldados en la batalla de la Laguna de Maracaybo, bajo el ataque de Padilla. Este Regimiento volverá a ser creado por Morillo, años después, en Galicia.

El de Numancia tuvo distinta suerte, al estar compuesto en su mayor parte por americanos y canarios se quedaría en América y sería motivo de disputas entre los Libertadores.

El final llegó el 7 de septiembre de 1824, cuando las tropas españolas capitulan y se embarcan camino de Cuba.